

## FORMOSA

---

### Los salvajes y la colonización japonesa.

Formosa; he aquí el nombre de una isla muy poco conocida si no es por el nombre simpático que tiene en la historia de Occidente después de tres centurias que viene figurando en los mapas, y sin embargo es digna de más atento estudio y cuidadosa observación.

Su extensión, sus riquezas, la fecundidad de su suelo bien trabajado por los colonos chinos, la variedad de sus habitantes, hacen de Formosa un lugar interesante para el sabio que busca la solución de un problema, y codiciado para el comerciante calculador que tiene exacto conocimiento de las inagotables riquezas que atesora en sus entrañas. Los japoneses que sabían esto se la arrebataron á los chinos hace quince años, haciéndola entrar en el tratado de Shimonosaki como indemnización de la guerra chino-japonesa de 1895, y desde esa época sus leyes, muchas de sus costumbres y hasta su suelo han sufrido un cambio radical con el método de colonización japonesa, ensayado por primera vez, con éxito lisonjero para el pueblo dominador, en la isla de Taiuan, como por ellos y por los chinos es llamada.

En esta tan rica y abundosa isla existen, además de los chinos que componen la masa de la población sujeta al Imperio del Mikado, y que suman unos tres millones, otras razas indígenas de origen malayo y muy anteriores al arribo de los chinos á la isla de Formosa, las cuales, formando tribus separadas entre sí por su lengua, caracteres y costumbres, y teniendo por habitación los altísimos é intrincados

montes de su inexplorada cordillera, la mayor parte no quieren hoy sujetarse al Imperio japonés, como antes no quisieron reconocer la dominación del Celeste Imperio.

En siete tribus diferentes se han dividido las razas aborígenes de Formosa, si bien pueden hacerse aún subdivisiones muy fundadas, y éstas son las que sumariamente deseamos dar á conocer, hoy que el Japón está empeñado en una guerra de exterminio contra estas razas desventuradas, ya que la sujeción voluntaria no es factible en el plazo breve y perentorio que desea y según los métodos que se había propuesto emplear.

Antes de hablar de la campaña japonesa digamos, aunque sea brevemente, quiénes son estos hombres á los que se intenta dominar, y por qué ese afán y empeño del Gobierno japonés en sacrificar vidas y dinero en una empresa que no es de necesidad inmediata, y al parecer sin fruto ni debida recompensa.

Los españoles que desde 1626 á 1641 poseyeron la parte Norte de la isla, y los holandeses que desde 1624 á 1662 estuvieron primero en el Sur y luego en toda la parte Oeste, tuvieron comunicación con las razas indígenas de la isla, que entonces se hallaban extendidas por toda ella, ya que la posesión de los chinos no empezó sino en 1662, cuando el célebre corsario Koxinga se la arrebató á los holandeses, así como la dinastía tártara, que hacía poco mandaba en China, se la quitó en 1683 á los sucesores de Koxinga, quedando desde entonces unida á la China, dependiente del Virreinato de Fokien.

La creciente inmigración de chinos fué arrollando poco á poco á los débiles indígenas, que desposeídos de sus tierras se vieron obligados á huir, dejando paso libre á la astuta y vigorosa raza china; y hoy sólo queda un reducido número de villorrios en la parte Oeste, en los que los descendientes de aquellos indígenas se encuentran confundidos con los chinos, cuya lengua, usos y modo de ser han adoptado, olvidando por completo la lengua que sus padres hablaron y sus peculiares costumbres.



Salvajes de la tribu Atayal.

Pero además de la parte Oeste, sujeta en todo al Gobierno del Mikado, hay otras razas bravías y feroces internadas en sus altísimas é inaccesibles cordilleras que llevan una vida completamente salvaje, y no sólo no reconocen al Gobierno japonés, sino que positivamente no lo quieren y lo rechazan con la fuerza. Estas razas suman en conjunto de 110.000 á 120.000 individuos, estando divididos en siete tribus con lengua, costumbres y leyes diferentes, y hasta enemistadas entre sí, y muchas de ellas desde tiempos antiguos casi en perpetua guerra.

En la parte Norte, y comprendiendo un vasto territorio, habita la tribu Atayal, la más feroz y sanguinaria de Formosa, teniendo un gran número de rancherías y unos 26.000 habitantes. En el centro de la isla, hacia el Oeste, se hallan las tribus Tsu y Tsalisen, con unas 5.000 almas la primera y 27.000 la segunda; al Este, confinando con los Tsalisen, se encuentra la tribu Ami, con unos 23.000 habitantes, y al Sur de ésta, hasta llegar al extremo de la isla, las tribus Pyuma y Paiuan, con 4.000 almas la primera y cerca de 30.000 la segunda.

Aunque todas se encuentran sin los beneficios de la civilización, y en tiempos más remotos todas ellas se dedicaban al entretenido *sport* de cortarse las cabezas, hoy se distinguen por ese instinto guerrero y sanguinario los Atayal del Norte y los Paiuan del Sur y alguna ranchería de las pertenecientes á otras tribus de las más internadas en las montañas.

Los Ami y Pyuma, que habitan al Este, en una extensa planicie junto al mar, son de carácter y costumbres pacíficas, y lo mismo otras rancherías que se encuentran cerca de las poblaciones chinas; poco á poco, con el transcurso del tiempo y la comunicación con los chinos, han ido perdiendo su ferocidad y salvajismo nativo y haciéndose más sociables, por lo que todos éstos son llamados por chinos y japoneses siek-huan, juku-ban, salvajes maduros, civilizados. El método desde antiguo seguido por los chinos para obtener la explotación del alcanfor, el corte de maderas y

algunos otros productos del territorio habitado por los salvajes, ha sido atraerlos con regalos y dones, hacer paces con ellos y hasta pagarles un pequeño tributo como reconocimiento de su señorío en aquellos lugares; y éste fué siempre el que dió positivos resultados, pues cuantas veces se intentó echar mano de la fuerza enviando tropas para batirlos, éstas volvieron derrotadas sin conseguir su objeto, el comercio sufría las consecuencias y nadie podía acercarse á los montes sin peligro de la vida, siendo preciso en último resultado volver al método antiguo de hacer la paz con el irritado salvaje.

Para seguridad de los que trabajaban el alcanfor y repeler los ataques de otras rancherías de salvajes que no querían la paz, tenía el Gobierno chino, y también continúa con el Gobierno japonés, un cuerpo de policía especial conocida con el nombre de *guardas de los salvajes*; y á pesar de todas estas precauciones y garantías el tributo de sangre que anualmente se viene pagando á los salvajes por explotar el alcanfor sube sin duda alguna á un centenar de vidas. Por aquí se podrá comprender algo de la razón que tiene el Gobierno japonés para empezar ahora una campaña formal, según un plan desde ha tiempo concebido, contra todos los salvajes formosanos que hasta el presente han rehusado someterse á su dominación.

La independencia en que viven es causa de muchas muertes por ellos causadas, que no reciben el condigno castigo; las riquezas forestales que existen en el territorio por ellos ocupado representa muchos millones, que no podrán ser efectivos mientras haya igorrotos que los guarden bajo pena de la vida.

Hablando sólo del alcanforero, existen en Formosa, según informes oficiales, unas 1.500 millas cuadradas de estos árboles seculares, que tienen hasta 15 y 20 pies de circunferencia, los cuales pueden proporcionar al comercio durante cien años una producción tal, que representa las tres cuartas partes del consumo universal, siendo por este concepto Formosa el país más rico del mundo.

Toda esta riqueza, sin embargo, se encuentra, como ya hemos dicho, en posesión de los salvajes, y para su explotación necesita el Gobierno atraerse por buenos modos las rancherías cercanas y mantener á la vez un cuerpo de policías bien remunerados para la defensa de los trabajadores contra los ataques inesperados y frecuentes de otros pueblos más internados, que no quieren la paz á costa de ver su territorio invadido.

Este método pacífico es el que se ha venido hasta ahora practicando, pero no acomodándose tanta lentitud á los planes del Gobierno japonés, quiere obligarles á una sumisión forzosa, ó ponerles en el triste y último trance de no poder continuar viviendo.

Más de un año hace que empezó la guerra, y según parece, con pocos resultados para los japoneses; por eso ahora con todos los medios destructores que tiene una nación moderna, se declara el exterminio de una raza, cuando ninguna razón urgente hay para llegar á un fin tan desastroso, por no decir tan poco humano. Para apreciar debidamente la suma de vidas y dinero que esta empresa representa, es preciso conocer el lugar que se intenta conquistar.

Extenso territorio de 6.000 millas cuadradas, formado todo él de elevadísimos montes con un promedio de 5 á 7 mil pies sobre el nivel del mar, de forma escarpada y cubierto de tan exuberante vegetación que es de todo punto imposible dar un paso sin ir previamente abriendo camino por aquel abigarrado conjunto de árboles seculares, arbustos, zarzas y maleza de todo punto impenetrable, todo lo cual representa un cúmulo de peligros, gastos y trabajos que ciertamente no está en correspondencia con la utilidad inmediata que pueda reportar.

Por eso creo yo no era necesario por el momento emplear una táctica tan extremada, y bastaba ir explotando poco á poco el territorio limítrofe con ideales pacíficos, ya que hay trabajo para docenas de años, sin llevar las cosas á estos extremos inhumanos de sacrificar miles de vidas inocentes á costa de un objetivo muy dudoso.

¡Y creer que todo esto lo hace un pueblo que se dice civilizado contra pobres bárbaros inconscientes! (1).

Expuestos los datos que preceden sobre la diversidad de salvajes formosanos, indicaré algunas de sus costumbres, su modo de ser con relación á sí mismos y á los otros, para ver por fin la guerra cruel de que son objeto y de la cual saldrán muy mal parados, si no totalmente destruídos.

Aunque todas las tribus aborígenes pertenecen á la raza malaya, según lo atestiguan su lengua, sus costumbres y hasta su mismo ser físico, no todos tienen el mismo origen ni llegaron á la vez á las costas de Formosa, ni por los mismos medios, como se desprende de las tradiciones transmitidas de padres á hijos. Los Paiuan se atribuyen un origen celeste, de donde bajaron sus padres, llegando á ser una tribu muy poderosa, lo que está conforme con la historia de los siglos XVI y XVII. Los Pyuma cuentan que sus antepasados salieron de una enorme piedra que existe al pie de un monte llamado *Aravanai*, dentro del territorio por ellos habitado, la cual se quemó, y de ella surgieron un hombre y una mujer, que después engendraron tres hijos y tres hijas, que fueron los fundadores de la tribu Pyuma. Los Ami dicen que sus antepasados vinieron arrojados por la tempestad de una isla del Este de Formosa en donde habitaban.

Conservan una vieja canoa que todos los años, en un día determinado, llevan al mar con objeto de transportar el espíritu de sus antepasados. Los Atayal vinieron desterrados de las costas de China y se establecieron en la isla de Formosa, en donde ahora viven.

Estas tradiciones, unidas á los diferentes usos y costumbres, en el modo de edificar sus casas, aderezar sus vestidos y gobernarse, además de la lengua y su carácter físico, ha hecho decir á algunos que han estudiado á los salvajes for-

(1) Un Japonés de posición me dijo, para justificar la guerra sin cuartel emprendida contra los igorotes formosanos, «que el Gobierno japonés tenía vergüenza de que se dijese que en su dominio de Formosa había todavía salvajes». Tal razón es muy pobre. ¡Como si no hubiera salvajes en el mundo, y en el mismo Japón no estuvieran los *Ainos* después de tantos siglos!



Salvajes de la tribu Pyuma.



Salvajes de la trihu Tsalisen



mosanos que tienen relación no solamente con las islas cercanas á Formosa, como las Filipinas y Borneo, sino con otras más lejanas, como Nueva Guinea, los Laocian de Siam y hasta con el malayo Malagosi de las costas de Africa.

En el modo de edificar sus chozas difieren notablemente, y hay algunos que lo hacen de una manera más propia y elegante que fuera de esperar en unos pobres salvajes. Los Tsalisen, por ejemplo, practican una grande excavación en el monte, y luego con gruesas columnas y vigas sostienen el tejado, que cubren con piedras planas, empedrando también el interior de la casa y un gran patio que suelen dejar á la entrada, resultando una habitación limpia y espaciosa. Los Vonum y Atayal suelen hacer uso de piedras para edificar sus casas, que cubren con paja; mientras que los Ami y Pyuma emplean solamente el bambú y paja, siendo las viviendas de los Amilorges con el tejado de muy poca inclinación y en el interior bajas y oscuras, pareciéndose en esto á los Dyaks de Borneo. Además de la casa, que suelen edificar separadas de 20 á 50 pasos unas de otras, tienen todos su granero en el que conservan el mijo, camote y taro, que son los productos que cultivan en mayor escala. Suele ser en cuadrado, sostenido por cuatro columnas á una altura de dos metros, con piedras lisas metidas en la parte superior para impedir que los ratones, que mucho abundan, puedan subir y destruirles sus provisiones. Una casa común tampoco falta en todas las tribus, que les sirven para diferentes objetos. Los Pyuma y Tsu, que la llaman *Takovan* ó *Kuva*, la usan, no sólo para tener sus reuniones y conséjos, sino para habitación de los jóvenes solteros, estando rigurosamente prohibido á las mujeres acercarse á ellos y á los jóvenes el hablar con mujeres y el tener en su poder dijes ú otros objetos de uso exclusivo del otro sexo. Entre los Paiuan existe un cuarto común, en donde practican á la vez algunas ceremonias religiosas.

La cama ordinariamente la tienen á los lados de la choza, levantada del suelo como un metro y hecha de tablas como los Pyuma y Ami, ó de grandes piedras lisas como los Tsa-

lisen, sobre las que ponen pieles de ciervo ú-oso, que les sirven á la vez de mantas, ó simplemente paja y hierbas secas, sobre las que se acuestan, como algunas rancherías Atayal y Tsu. Saben sacar el fuego por medio de la frotación, pero ordinariamente lo conservan de un día para otro, y por la noche, cuando algo se les ocurre que necesite de luz, encienden un manojo de paja con que satisfacen la necesidad de momento.

Como adornos en sus casas conservan las cabezas y cuernos de ciervos, dientes de jabalí y plumas de algunas ave.; pero sobre todo, en lugar bien visible á las entradas de sus casas, aparecen en ordenadas filas las calaveras de los enemigos, para ellos motivo de orgullo pues acreditan su valor.

En los adornos de sus vestidos son caprichosos y no faltos de cierto gusto estético. La mujer atayal sabe extraer las fibras de algunas plantas y con ellas tejen unas telas fuertes con que hacen una especie de chaleco corto, prenda de vestir de los hombres, y una especie de manta de metro y medio de larga por uno de ancha, que usan generalmente las mujeres, atándoselas por dos extremos sobre el hombro derecho. Estas telas no son de color uniforme, sino que están tejidas formando figuras más ó menos complicadas con otros colores, sobre todo el encarnado.

En el uso de dijes y adornos nadie hay que aventaje á los Pyuma, por su abundancia, variedad y lujo. La cabeza, brazos, cuello y piernas aparecen con una multitud de objetos de metal, y á veces de plata, labrados hasta con delicadeza.

Los Ami usan vestidos con adornos, pero no tienen costumbre de adornarse con otra clase de objetos.

Los jefes de todas las tribus usan algunas prendas que no pueden ser usadas por los demás. Entre los Atayal es signo de autoridad una pieza cuadrada de tela con adornos de una cuarta de ancha por otro tanto de larga, que atada por tres puntos del cuello y espaldas se coloca en el pecho. El jefe de los Tsalisen usa una gorra redonda

de cuero, en cuyo frente hay una especie de estrella hecha con los dientes del jabalí, siendo la piel de la pantera también exclusiva de los jefes. Los más sencillos en su modo de vestir y adornarse son los Paiuan. Toda su vanidad consiste en ponerse en la cabeza alguna pluma de faisán ú otra ave, y en colocarse en el lóbulo inferior de las orejas un pedazo redondo de madera de una pulgada de grosor por media de largo, dando con esto á sus orejas una proporción desmesurada, por lo cual los llaman los chinos hombres de orejas grandes. \*

Esta costumbre la tienen también los Atayal, si bien no llega á ser tan gruesa la madera ó bambú pulcramente labrada que se meten en las orejas, pero es mucho más larga, llegando á tener á veces hasta una cuarta. Las tribus Atayal y Tsalisen usan también el tatuaje ó taraceado, si bien la forma es distinta y de significación diferente. En los hombres Atayal consiste en una serie de rayitas muy juntas, de media pulgada de ancho, que se hacen en la frente, horizontales á la nariz, y otras que corresponden en el labio inferior al extremo de la barba. En las mujeres es más complicado, pues partiendo de las orejas recorre los carrillos hasta unirse en los labios superior é inferior, que les da el aspecto de una barba. Los Tsalisen practican el taraceado no en la cara, sino partiendo desde los codos á la espalda, hasta unirse con otras dos líneas que partiendo del pecho terminan en el mismo punto. Entre las mujeres Tsalisen solamente á las de los jefes les está permitido taracearse en las manos, siendo por lo tanto esto una señal de autoridad, mientras que los Atayal todos lo practican, mas es señal de haber llegado á la pubertad; para poder taracearse deben haber hecho alguna hazaña notable, ya sea matando al enemigo, ya en alguna cacería, que á juicio de los viejos les acrediten de ser hombres.

Entre las otras tribus algunas lo practican, pero no es obligatorio, sino libre y á gusto de los particulares. Para hacerse esta operación se punzan la piel ó se aplican un molde erizado de puntas que ya tienen hecho hasta saltar

la sangre, luego se frotan bien la parte herida con tintura extraída de una planta, ó con el cisco de los cazuelos donde cuecen el mijo y los alimentos (así lo practican los Tsalisen), y al desaparecer los dolores é hinchazón quedan las señales indelebles del taraceado. Excepto entre los Ami, es general la costumbre de los salvajes formosanos de arrancarse los dos colmillos de la mandíbula superior por razón de elegancia ó bien parecer.

El matrimonio es tenido por ellos como una cosa sagrada, pero el modo de practicarle difiere notablemente. Los Vonum simulan un asalto á la casa de la novia, oponiéndose los padres á su intento, pero al fin consiguen el apoderarse de ella, llevándola con grande algazara á casa del novio. Algunos días después éste da un convite á los parientes y amigos y se da como bueno lo hecho. Entre los Paiuan el coger un ramo de flores y agua que se pone á la puerta de la casa de la joven á quien se pretende, es señal de aceptar el matrimonio, y desde luego el marido entra á formar parte de la familia de su mujer durante algunos años para pagar la deuda contraída con sus suegros. Los Ami tienen una costumbre muy curiosa. Una vez concertado el matrimonio, el novio ofrece á su prometida durante un mes un ramo de flores por día, excepto el primero, que la ofrece cuatro; por esta razón, los jóvenes ya se preparan con tiempo plantando el *Melia Azuderach*, especie de lila, para que no les falten flores que ofrecer á su tiempo.

Los Atayal, siguiendo sus bravos instintos, no consideran digno de casarse al que no puede presentar á su futura la cabeza de algún enemigo, y si la ocasión no se presenta, ejercitando algún acto de bravura persiguiendo ciervos ó jabalíes, que le acrediten de hombre de valor. Los Tsalisen consideran como disoluble el matrimonio si después de algún tiempo de casados no se sigue prole; las restantes tribus tienen reglas muy rigurosas contra los que faltan á sus deberes, y no permiten la separación con libertad para volver á contraer otra vez matrimonio.

Si bien no tienen templos ni ídolos, no carecen de la

idea religiosa y consideran á ciertos árboles, plantas ó pájaros como venerandos; algunos, como los Paiuan, hacen al año algunas ceremonias religiosas en común, y todos tienen oírendas de una ú otra clase para los espíritus de sus antepasados, de quienes creen ser favorecidos, así como creen en los espíritus malos que causan las enfermedades. En el modo de enterrar á sus muertos se distinguen unas tribus de otras, y á veces algunas rancherías. Los Vonum, Tsu, Tsalisen y Atayal del Este entierran dentro de la misma casa en que ha vivido el difunto, haciendo una especie de pozo en el que colocan el cadáver en cuclillas, envuelto en una piel de ciervo, y juntamente todas las cosas que ha usado el muerto: su arco, daga y pipa, etc., cubriendo la boca con grandes piedras y tierra para evitar el mal olor. Los Atayal del Norte y los Pyuma, después de algunos días de enterrado el muerto dentro de casa, abandonan ésta yéndose á vivir á otra parte; los Ami y Paiuan entierran fuera de casa, haciendo un montón de tierra y colocando una piedra que sirve de señal.

Para su gobierno, cada ranchería tiene su jefe, y además hay otro superior que manda sobre mayor ó menor número de rancherías, y tanto al uno como al otro le pagan su tributo, ya de los frutos de la recolección, ya de los animales que crían, como cerdos, perros ó gallinas, ó de los que cazan en los montes, de los cuales siempre reservan parte. Los Tsalisen, que distan una legua solamente de la cristiandad de *Bau Rimchug*, cuyo jefe manda sobre 18 pueblos, tienen la costumbre curiosa de tener por jefe siempre á una mujer, debiendo los varones salir de la familia y casarse con las hijas del jefe de otra ranchería, quedando de este modo el mando siempre en manos de mujeres. Regularmente son muy fieles en guardar la promesa de amistad, que se hace según sus reglas. Los Atayal para hacer un pacto de amistad solemne, echan vino en una taza, ó mejor en una madera larga con dos cavidades que para este objeto tienen ya hecha, con bonitos adornos grabados, y cruzando los brazos por debajo del hombro y juntando

las mejillas, se bebe al mismo tiempo, lo que tiene fuerza de un juramento sagrado que difícilmente se quebranta por parte del salvaje. Su ocupación favorita es la caza; sus ejercicios el tirar el arco, arrojar la lanza, para lo que tienen un tino admirable, y manejar un grande machete con adornos en la empuñadura y en la vaina, que siempre llevan consigo á la cintura ó pendiente del cuello, y que algunas tribus adornan con un mechón de pelo de las cabezas que han cortado.

El *sport* favorito de los Atayal, que como se ha dicho son los más fieros y sanguinarios de Formosa, es ir en busca de cabezas de enemigos, ya sean de otros igorotes, ya de chinos ó japoneses que se atreven á acercarse á su territorio.

Contra esta tribu está hoy empeñada principalmente la guerra sin cuartel de los japoneses. Las tribus Ami y Pyuma están ya casi dominadas, y en muchas otras rancherías hay puestos de policías japoneses, aunque por ahora nada les exige el Gobierno. Los más internados rehusan la paz, pues saben que ésta será el fin de su independencia. Preciso es reconocer que la causa de traerlos al retortero y no poder vivir tranquilos en la tierra tanto tiempo por ellos habitada es la inmensa riqueza forestal, sobre todo de alcanforeros, de que están en posesión; si no fuera por esto nadie tal vez se hubiera acordado de ellos, y poco hubiesen tenido que agradecer á la civilización que hoy con tanto tesón les persigue.

Para poder conjeturar la suerte que les está reservada, basta saber que hace cinco meses, según anunciaron los periódicos del Japón, se embarcaron en el puerto de Moji 18 cañones de montaña para ser empleados contra los salvajes de Formosa, que unidos á los que ya tenían y á unos 10.000 soldados con buenos mausers y algún guarda-costas que no cesa de bombardear las guaridas de los salvajes para ayudar la acción de las tropas, darán el resultado final que no es difícil de prever, aunque los salvajes venden á buen precio sus vidas haciendo muchas bajas á los japoneses con sus certeros disparos.

Además de estos poderosos elementos de combate, el Gobierno japonés emplea contra los salvajes un nuevo y cruel método de destrucción que hasta ahora no ha usado nación alguna. Para evitar que se salgan de la zona en que viven los ha cercado dentro de su territorio con hilos metálicos cargados de potente fuerza eléctrica, á cuyo contacto quedan muertos los que al ser batidos por los soldados y cañones intentan rebasar la línea. Nada menos que 300 millas de tan mortífero aparato se han construído, según el *Japan Time*, órgano semi oficial del Gobierno japonés. Las últimas noticias llegadas dicen que muchas rancherías ó grupos, aterrorizados por la metralla de los cañones y la letal descarga de la electricidad, que les admira, han entregado los fusiles y armas que tenían y se han sometido á los japoneses. Consiguientemente, el Gobierno japonés, que había estimado los gastos de la campaña en 17 millones de *yens* y siete años de duración, cree que con este nuevo método, muy eficaz sin duda, pero también poco humano, completará en cuatro años su obra de reducción de salvajes. El 80 por 100 se estimaba en un principio, según oí á un japonés, que dejarían de existir en esta ruda campaña, si, como era de suponer, defendían hasta lo último sus trincheras; pero el avisado salvaje al encontrarse con esos hilos misteriosos se da por vencido y se somete al invasor para continuar viviendo.

Entretanto la prensa japonesa, con gran fruición y complacencia cuenta los hechos y anima á proseguir la campaña emprendida, «cazando á esos bestias salvajes que algún conocimiento tienen de las armas de fuego», mientras que los hombres con algún resto de humanidad se preguntan asombrados si no hay un salvajismo civilizado más feroz y sin entrañas que ese barbarismo inconsciente de los hijos de la selva.

FR. J. M. ALVAREZ, O. P.

Shikoku (Japón), Enero 1911.